

XVIII.

**La puerta se abre.**

Pero al llegar á la puerta de la misteriosa casa, el pobre Enrique se vió acometido de su perplejidad habitual.

— ¡ Ánimo, llamemos ! — dijo para sí dando otro paso.

Pero antes de llamar, volvió á mirar hacia atrás y vió sobre el camino el reflejo brillante de la hostería.

Allí, — dijo, — entran atraídas por el amor y la

alegría personas que son llamadas y que siquiera lo han intentado ; ¿ por qué no tengo yo el corazón tranquilo y la sonrisa indiferente ? Tal vez entraría yo también allí, en lugar de tratar en vano de entrar aquí.

Oyóse el reloj de San Germán de los Prados que vibraba melancólicamente en los aires.

— Vamos, son las diez, — murmuró.

Puso el pie en el umbral de la puerta, y levantó el aldabón.

— ¡ Vida espantosa ! — murmuró, — ¡ vida de viejo ! ; Oh ! ; Cuándo podré decir : hermosa muerte, muerte risueña, dulce tumba, salud !

Dió un segundo aldabazo.

— Eso es, — continuó, aplicando el oído. — Oigo el ruido de la puerta interior que rechina, el de la escalera que gime, el de pasos que se acercan ; así, siempre, siempre lo mismo !

Y dió un tercer aldabazo diciendo :

— Otro aldabazo y será el último. ¡ Eso es : los pasos son más acelerados, el criado mira por el enrejado de hierro, ve mi pálida, siniestra é insoportable cara, luego se aleja sin abrir jamás !

La cesación de todo ruido pareció justificar la predicción del desdichado joven.

— ¡ Adiós, casa cruel ! ; Adiós, hasta mañana ! — dijo.

É inclinándose de manera que su frente quedó al nivel del umbral de piedra, estampó en éste un apasionado beso que hizo estremecerse el duro granito, aunque menos duro aun que el corazón de los habitantes de aquella casa.

Luego, se retiró como la vispera, y como contaba retirarse el día siguiente.

Pero, no bien había andado dos pasos, cuando, con gran sorpresa suya, el cerrojo rechinó en su armella, se abrió la puerta, y el criado hizo una profunda reverencia.

Era el mismo cuyo retrato hemos trazado cuando tuvo la entrevista con Roberto Briquet.

— ¡ Felices noches, caballero ! — dijo con una voz ronca, pero cuyo sonido pareció sin embargo al del Bouchage más dulce que los suaves y melodiosos conciertos de los querubines que se oyen en esos sueños de infancia en que se sueña con el cielo.

Temblando, desatinado, Enrique, que había dado

ya diez pasos para alejarse, se aproximó vivamente, y, juntando las manos, vaciló tan visiblemente, que el criado le sostuvo para que no cayese en el umbral de la puerta; si bien lo hizo con una expresión visible de una respetuosa compasión.

— Vamos, caballero, — le dijo; — aquí me tenéis, y así os ruego que me pongáis al corriente de vuestros deseos.

— He amado tanto, — contestó el joven, — que ignoro si amo todavía: ha palpitado tanto mi corazón, que no sé si aun palpita.

— ¿Gustáis, caballero, — repuso el criado con la mayor atención, — sentaros á mi lado para que hablemos?

— ¡ Oh ! Sí.

El criado le hizo una seña con la mano, y Enrique le obedeció, como hubiera obedecido á un gesto del rey de Francia ó del emperador romano.

— Hablad ahora, caballero, — añadió el criado ruego que se hubieron sentado ambos, — y explicadme vuestro deseo.

— Amigo mío, — dijo del Bouchage, — no es esta la primera vez que nos hablamos y que nos hemos visto. Muchas veces, no lo ignoraréis, os he

esperado y sorprendido en la esquina de una calle, os he ofrecido bastante oro para enriqueceros, aun cuando fuéseis el hombre más ambicioso del mundo; he procurado intimidaros... pero nunca habéis querido oirme, y me habéis visto sufrir sin compadecer, al menos ostensiblemente, mis penas. Ahora me decís que os hable, y me rogáis que os explique mi deseo. ¿ Qué ha sucedido ? ; Dios mío ! ; Qué nueva desgracia me oculta esa condescendencia de vuestra parte ?

El criado suspiró, dando á conocer que bajo su ruda apariencia abrigaba un corazón compasivo.

Aquel suspiro llegó á los oídos de Enrique y le animó.

— Ya sabéis, — dijo, — que amo y cómo amo... me habéis visto seguir á una mujer y descubrir su paradero, á pesar de los esfuerzos que ha hecho para ocultarse y evitar mi presencia: nunca ha salido de mis labios, en medio de mis más agudos dolores, una palabra amarga; nunca he dado cabida en mi mente á esas ideas violentas que nacen de la desesperación, y de los consejos que la fogosa juventud nos da con todo el ardor de la sangre.

— Es verdad, caballero, — observó el criado, — y en eso os hacemos completa justicia, tanto mi señora como yo.

— Así pues, — prosiguió Enrique estrechando entre sus manos las del vigilante Cerbero, — ¿no hubiera podido cualquiera noche, al ver que me negabais la entrada, forzar la puerta, como lo hacen diariamente los estudiantes ebrios ó enamorados? Hubiera visto al menos por un momento á esa mujer inexorable; la hubiera hablado.

— También es cierto.

— En fin, — añadió el conde con una dulzura y melancolía inexplicables; — soy algo en el mundo, supuesto que mi nombre es grande, grandes mi fortuna y mi crédito, y que el mismo rey me protege: poco hace que el monarca me instaba para que le confiase mis penas, ofreciéndome su poder si á él quería recurrir.

— ¡ Ah! — exclamó el criado visiblemente inquieto.

— Pero nada he aceptado, — se apresuró á decir el joven; — no, no. Todo lo he rehusado, para venir á rogar que se abra esta puerta, siempre cerrada para mí.

— Señor conde, sois en efecto un cumplido caballero, digno de ser amado.

— Pues bien, — replicó Enrique con el corazón dolorosamente oprimido: — ¿á qué condenáis á este cumplido caballero, á este hombre que merece ser amado? Todas las mañanas viene aquí mi paje con un billete, y el billete no llega á su destino; todas las noches vengo yo á llamar á esta puerta, y esta puerta no se abre: por último, me dejáis padecer, desesperarme y morir en la calle, sin tener para mí la compasión que no negaríais á un perro. ¡ Ay, amigo mío! Esa dama no abriga un corazón de mujer. No se ama ciertamente á un desgraciado, porque nadie puede disponer á su antojo de los afectos é impresiones de su corazón, pero se le compadece cuando sufre, se le dirige una palabra de consuelo y se le tiende una mano misericordiosa cuando se le ve caer. ¡ Ah! esa mujer se goza en mi suplicio, y, os lo repito, no tiene corazón, pues de lo contrario me hubiera dada la muerte con una negativa de su boca ó con una puñalada. Muerto, á lo menos no padecería.

— Señor conde, contestó el criado después de haber escuchado atentamente todo cuanto acababa

de exponer el joven; — la dama á quien tanto acusáis no abriga en manera alguna un corazón tan insensible, y mucho menos tan cruel como os habéis figurado: padece tal vez más que vos, pues os ha visto algunas veces, ha comprendido vuestros tormentos y experimenta hacia vos viva simpatía.

— ¡ Ah! ; Compasión! ; compasión! — exclamó del Bouchage enjugándose el frío sudor que bañaba su frente. — ¡ Oh! Quiera el cielo que llegue el día en que ese corazón que tanto encomiais, conozca los martirios del amor! Si en cambio del suyo le ofrecen entonces compasión, os juro que quedaré vengado.

— Señor conde, señor conde, para no amar no es una razón el no haber amado; pero tal vez esa dama ha experimentado una pasión más fuerte que la que nunca probaréis vos; tal vez ha amado como nunca podréis amar.

Enrique levantó las manos diciendo:

— Cuando se ha amado así, se ama siempre.

— ¿ Os he dicho por ventura, señor conde, que ella no ama ya? — preguntó el criado.

Lanzó Enrique un grito doloroso, quedando como si hubiese recibido un golpe mortal.

— ¡ Ama!... ¡ Ama! — exclamó. — ¡ Dios mío! ¡ Dios santo!

— Sí, ama; pero no tengáis celos del hombre que merece su cariño, señor conde, porque ese hombre no pertenece á este mundo: mi señora es viuda, — añadió el compasivo criado, esperando calmar con estas palabras el dolor del joven.

Ellas, efectivamente, como si fuesen producto de algún encanto mágico, le devolvieron el aliento, la vida y la esperanza.

— Vamos, — dijo, — ¡ no me abandonéis, en nombre del cielo! Decís que es viuda, de modo que debe serlo de poco tiempo á esta parte, y, por consiguiente, se secará el manantial de sus lágrimas. ¡ Es viuda! ¡ Ah! Á nadie ama, supuesto que ama á un cadáver, á una sombra; la muerte es menos que la ausencia, y decirme que ama á un muerto es decirme que me amaré. ¡ Dios mío! Todos los grandes dolores se calman con el tiempo: cuando la viuda de Mausoleo, que juró sobre la tumba de su esposo condenarse á un dolor eterno, agotó sus lágrimas, abrió su alma al consuelo y á la esperanza; los tormentos del corazón son una enfermedad cruel, y el que no sucumbe en la crisis, sale

de ella con más vigor, con más fuerza que antes.

El criado meneó la cabeza.

— Esta dama, señor conde, ha jurado al muerto eterna fidelidad, como la viuda de Mausoleo; pero la conozco muy bien, y estoy seguro de que cumplirá su palabra con más exactitud, con más escrupulosidad que esa otra mujer olvidadiza de los tiempos antiguos.

— Esperaré, esperaré diez años si es preciso, — exclamó Enrique; — Dios no ha querido que esa mujer muera de tristeza, ni que abrevie violentamente los días de su existencia. Pues bien; ya que no ha muerto, puede vivir, y supuesto que vive, puedo yo esperar.

— ¡Oh, joven, joven! — dijo el criado con lúgubre acento; — no contéis de ese modo con los sombríos pensamientos de los vivos ni con las exigencias de los muertos. Ha vivido, decís; sí, ha vivido, no un día, no un mes, no un año, sino siete años. Sí; ha vivido siete años...

Joyeuse se estremeció.

— ¿Pero sabéis por qué, con qué objeto, con qué resolución? ¿Esperáis que se consuele? Jamás, señor conde, jamás: yo os lo digo, yo os lo juro,

yo que solo fui humilde criado del que ne existe, yo, que mientras él vivió fui sensible, ardiente y confiado, y que desde que murió soy duro é intratable; y bien, yo mismo, que no soy más que su humilde criado, nunca me consolaré.

— Ese hombre tan llorado, ese difunto tan feliz, ese esposo...

— No era su esposo, sino su amante, señor conde, y una mujer como la que amáis no tiene más que un amante en el mundo.

— ¡Amigo mío! ¡Amigo mío! — exclamó el joven sojuzgado por la fiera dignidad de aquel hombre que revelaba un talento cultivado á través de su traje vulgar; — os ruego, os suplico que intercedáis por mí.

— ¡Yo! — contestó al punto. — ¡Yo! Escuchadme, señor conde: si os hubiese creído capaz de valeros de la fuerza contra mi señora, os hubiera asesinado con mi propia mano.

Y hablando así sacó de debajo del ropón un brazo nervudo y viril, como el de un hombre de 25 años, al paso que sus cañosos cabellos y su encorvado cuerpo le hacían parecer un viejo de 60.

— Si, por el contrario, creyese yo que ella

hubiera podido amaros, ya estaría muerta. Señor conde, ya os he dicho lo que debía, y no tratéis de sonsacarme más, porque os juro por mi honor, y mi honor vale algo, aunque no soy noble, que os he manifestado todo cuanto he podido revelar.

Enrique se levantó como herido de muerte.

— Os doy gracias, — dijo, — porque os habéis compadecido de mis gracias; mi suerte está ya echada.

— De modo que en lo sucesivo podréis vivir con más tranquilidad, y os alejaréis de nosotros, abandonándonos á un destino que os aseguro es mil veces peor que el vuestro.

— Sí, sí, sosegaos, me alejaré de vosotros para siempre, — murmuró el joven.

— Os entiendo; queréis morir.

— ¿Y por qué os lo he de ocultar? No puedo vivir sin ella, y me es odiosa la vida, ya que me es imposible poseer el amor de esa dama.

— Señor conde, he hablado mil veces de la muerte con mi señora; creed que es muy mala la que uno recibe de su propia mano.

— No es esa la que yo escogeré; para un joven de mi nombre, de mi edad y de mi fortuna, reserva

el cielo una muerte que siempre ha sido gloriosa; la que se alcanza combatiendo por su rey y por su país.

— Si padecéis más de lo que pueden soportar vuestras fuerzas, si nada debéis á los que os sobrevivan, si se os presenta la muerte en un campo de batalla, corred á ella, señor conde; tiempo hace que yo hubiera muerto si no estuviese condenado á vivir.

— Adiós, y gracias, — respondió Joyeuse alargando su mano á aquel criado desconocido. — Nos volveremos á encontrar en el otro mundo.

Y se alejó con rapidez, arrojando á los pies del sirviente conmovido por su dolor profundo un pesado bolsillo lleno de oro.

En la iglesia de San Germán de los Prados daban al mismo tiempo las doce de la noche.